las enviase para provecho nuestro, como lo son, fue menester que muriese su Hijo. Y así las hemos de mirar como beneficios que le estuvieron a Dios en gran costa, y como singulares efectos e instrumentos de nuestra predestinación. San Juan Crisóstomo dice: «Que más mereció Job con un acto que hizo de conformidad con la voluntad de Dios en sus trabajos, que con cuantas limosnas hizo, que fueron muchas y muy grandes.» Y Gersón añade: «Que mereció más con aquella conformidad, que si diera de su voluntad todas sus riquezas a los pobres, sin quedarse con cosa.»

5. Y si no acabamos de conocer esto, fiémonos algo de nuestro Padre y amigo, y no desechemos lo que nos da, aunque al sentido parezca mal. Alejandro Magno tenía tanta confianza de su médico, que habiéndole acusado que le quería dar una bebida venenosa, no por eso dejó de beberla. Fiemos de Dios, que nos ama más que nosotros nos podemos amar, y cuida como padre solícito; y no hay trabajo que nos venga que Él no lo sepa, y no lo ordene a nuestro bien. Porque si tiene cuenta con los pájaros del campo (*Mt.*, 10, 29), *que no puede caer uno en tierra que no lo sepa y quiera; y si tiene contados los cabellos de la cabeza*, ¿cómo se había de descuidar y no tener cuenta con los trabajos y aflicciones que envía a sus hijos, a sus esposas, a sus redimidos? ¿Cómo los había de permitir, si no fuera para gran bien?

De esto importa que esté uno persuadido, y es un firmísimo cimiento para estar conforme y con-

tento con todas las cosas que suceden, con entender que todas vienen de la mano de Dios y ordenadas por su providencia, y que Dios, no sólo permite los males para bien nuestro, el agravio, la injuria, el daño que otro nos hace, sino que a la obra natural con que se nos hace concurre Dios con su omnipotencia. Cuando uno menea la lengua para injuriarnos, Dios la mueve; cuando alza la mano para herirnos, Dios la fortalece; de suerte que a todas las cosas concurre Dios, si no es a la mala intención y mal ánimo, esto es, al pecar; pero aun los pecados *permite*, ordenándolos, después de hechos, para nuestro bien, y convirtiéndolos en provecho nuestro. Y así, amenazando a David cómo el adulterio que había cometido había de castigar con el incesto de Absalón y otros pecados que se cometieron en su casa, le dijo (2 *Sam.*, 12, 11-12): *Yo despertaré mal en tu casa, y te quitaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a otro. Tú lo que hiciste fue a escondidas; pero yo haré esto delante de todo Israel, y del mismo sol.* Y es porque Dios, por medio de los hombres, nos envía lo que su sabiduría divina conoce nos está bien para nuestra corrección y castigo.

CAPITULO 23

En qué cosas nos hemos de conformar con la voluntad de Dios

Veamos ahora en qué cosas nos hemos de conformar con la voluntad de Dios. Digo que son

todas las que vienen de su mano piadosa, que mediante o inmediatamente nos pueden causar sentimiento.

1. Lo primero: en las cosas que nos faltan, y necesidades de esta vida, humillaciones y testimonios falsos, calamidades y daños públicos y particulares nuestros y de los que queremos bien, agradeciendo mucho a Dios que, ya que no hemos tenido ánimo para conformarnos con la vida de Jesucristo, ni querido imitar su pobreza y desprecio del mundo, su Majestad lo haya hecho por nosotros y vuéltonos semejantes a su Unigénito, y despegándonos de las cosas terrenas y de la prosperidad de esta vida, que tan engañosa es.

2. Lo segundo: en las enfermedades y dolores del cuerpo, agradeciendo a Dios que la penitencia que no hemos querido hacer por nuestros pecados, su Majestad la haya querido suplir, porque no llevemos a la otra vida mucho que pagar, que es una gran merced y favor que nos hace en esto.

3. Lo tercero: en la privación de gustos espirituales, en las sequedades, escrúpulos y tentaciones que permite Dios para nuestro ejercicio y merecimiento, aun en las personas muy santas y espirituales, y después de muchos años de gran paz y fervor, tornándolas como al principio. Pero conviénenos muchas veces para conservarnos en humildad; y así, no nos hemos de inquietar, ni acongojar demasiado, sino aniquilándonos y hundiéndonos en el abismo y profundidad de nuestra nada y miseria, resignarnos en todo con su santísima disposición, y agradecerle de todo corazón que, tan a poca costa y con tan pequeña

pena, nos quiera preservar de mal y culpa tan grande, como es la soberbia, y de nuestra perdición. Y fuera de esto, que no nos quiera tener ociosos, sino darnos contrarios que vencer, para coronarnos en el cielo con más preciosa corona. Para lo cual nos hemos de esforzar, poniendo cuero y cortezas por hacer la causa de Dios, y padecer hasta morir.

El bienaventurado Jacopone estaba tan conforme con Dios en ser desamparado de todo consuelo sensible, aunque fuese interior, y tan satisfecho con todo esto del amor paternal de Dios, que decía sería para él gran señal de que Dios le amaba si le negase lo que con más afecto le pedía. Deseaba juntamente padecer por su Majestad todos los tormentos del mundo. Con esta victoria de su propio gusto llegó a una paz grandísima.

4. Lo cuarto: cuando uno parece que está desamparado de Dios, y que no sólo en la parte inferior del alma es afligido con escrúpulos y tentaciones, sino en lo más interior y superior de ella, cuando ni aun tiene ánimo, como solía, para obrar virtuosamente, ni padecer por Dios, ni resistir, porque le faltan en el entendimiento ilustraciones y en la voluntad los píos afectos y propósitos, prontitud, fortaleza, paciencia, quedándose su alma como toda anublada y seca, sin poder, si no es con gran fuerza y tormento, alzar el corazón al cielo; porque de esta manera suele Dios ejercitar a algunas almas santas, y es de los mayores tormentos que en esta vida pueden padecer, y mayor que un grande martirio corporal.

En este estado tan penoso ha de procurar estar

también sin pena y conforme con la voluntad divina, no entristeciéndose más por verse así desamparada; porque podrá serle dañosa esta tristeza si nace de amor propio, trayéndola a gran pusilanimidad o desesperación, y por sus fuerzas y diligencias no podrá salir de este Purgatorio en que Dios la tiene en esta vida. Lo que ha de hacer aquí es humillarse más en lo profundo de su nada, y, resignada en las manos divinas, conocerse por indigna de todo bien, y que le hacen una infinita gracia y favor en no tenerla en el infierno.

Y aunque llegue a tal estado que le parezca no puede orar ni dar a Dios gracias, ni hacer otro acto interior virtuoso, consuélese con sólo cumplirse la voluntad de Dios y no la suya, que en esto siempre podrá querer lo que Dios quiere.

5. Y aunque en hacer actos positivos de resignación tendrá también dificultad, puede nunca resistir a Dios, sino haberse negativamente, dejando hacer lo que quisiere su Majestad, humillándose y aniquilándose a sus pies.

Examine si alguna falta suya fue ocasión de este desamparo, que entonces es más peligroso, y duélase en el alma de ella y no de su pena.

Pero muchas veces no es esto por falta alguna, sino por singular providencia divina, que quiere probar algunos santos para que se vea si son verdaderas las finezas y ternuras con que le aman y se ofrecen a su servicio, y si tienen ánimo para servirle, no sólo de balde y sin salario ni interés sino con mal tratamiento. Porque si Dios nos manda amar aun a los enemigos que nos hacen

mal, ¿por qué no hemos de amar a Dios, que nos ha hecho tanto bien, y serle fieles, aunque se nos muestre esquivo y terrible? Que no le nace de corazón, sino para gloriarse delante de los ángeles de nuestra fidelidad y fineza.

Un perro tiene tanta ley con su amo por sólo los huesos que le arroja, que aunque le eche de sí y le apalee, no deja de seguirle y acariciarle. Y una vez, queriendo un hombre mostrar a sus amigos la ley que le tenía un perro que había criado, le llamó delante de ellos, y le dio, con gran fuerza, de palos, hasta que le quebró las piernas, y luego se apartó de él; mas el perro, medio muerto y arrastrando como podía, se iba tras de amo tan cruel, acariciándole y halagándole. ¿Qué mucho que nos mostráramos nosotros tan fieles a Dios cuando nos quiere hacer esta honra, de que seamos espectáculo a los ángeles, en que se muestre la ley y fe que le tenemos, y que sentimos bien de Él y le amamos en cualquier suceso, como el santo Job?

6. No entienda un alma que en esto es desfavorecida de Dios; y aunque lo fuera, no tenía que quejarse; pues no merece que la traten mejor que el mismo Padre Eterno trató a su Hijo cuando estuvo desamparado de todo el mundo y con tales tormentos como los de su cruz; que entonces fue cuando dijo el mismo Señor (*Mt.*, 27, 46) *que le había desamparado su Padre*. Y la noche que había de ser preso (*Mt.*, 26, 37) *comenzó a estremecerse y tener gran tristeza*, tanta, que confesó de sí que *estaba su alma triste hasta la muerte*, esto es, afligida con tristezas mortales.

En lo cual, sin duda, quiso sentir muy amargo *tedio* y grave peso, y lo que antes le parecía tan fácil y era tan gustoso pensar en ello, que dijo (*Lc.*, 12, 50) *que deseaba con ansias bautizarse en un bautismo* de dolores, esto es, cubrirse de pies a cabeza de penas y tormentos, y que *se le afligía el corazón de no ver cumplido este deseo*; después fue tan notable el *tedio* que sintió, para consuelo de nuestra flaqueza, que rehusaba la carne el padecer, lo cual antes deseó este Señor con tales extremos. Pero con todo eso, en tan notable desamparo y tedio, nunca estuvo más firme la raíz secreta de su propósito y el cimiento interior de su virtud divina. Así, repitió con gran ánimo: *No se haga mi voluntad, sino la tuya*; y salió con gran fervor a recibir a sus enemigos, diciendo animosamente a los Apóstoles (*Jn.*, 14, 31): *Levantaos, y vamos de aquí*; y era para encontrarse más presto con los que le habían de dar a beber el cáliz tan amargo y tan mortal; dándonos ejemplo a nosotros cómo nos hemos de haber en el tiempo de desconsuelo y sequedad.

7. Es de suma importancia el no buscar consuelos en la oración, porque corren gran peligro los que los pretenden; por lo cual no quiero dejar de poner aquí una muy provechosa doctrina del venerable Padre Juan de Avila, el cual dice y aconseja así (1):

«Hurtad el cuerpo a todo lo que os pide deleite y gusto y sabor, y no lo procuréis hasta que Dios os lo dé, y ejercitaos en puro padecer a se-

(1) DOCTRINA ADMIRAFLE. *Obras*, t. I, página 353.

cas por Cristo, en vuestra lección, oración penitencias, confesiones y comuniones, y obedeced, y ejercitaos en las demás virtudes, y no erraréis; porque éste es el camino que el Hijo de Dios ha notificado a los hombres, que es la cruz, que, como llave, abre los cielos a todos los que consigo la llevan. ¡Oh Señor mío, y cuán poquitos te sirven, y se sirven! ¡Cuán muchos se aman, y dicen que te aman! ¡Dicen que andan tras Ti, y andan tras sí! Mire esto cada uno, y procure hacerse a la voluntad de Dios y a su conformidad, y busque esto y no gustos y contentamientos, así en la oración, como en la confesión, como en la comunión y en cualquier otro santo ejercicio. Mirad que es sutil este engaño, y he visto muchos en él, que desordenadamente desean y con grande afición querrían llegarse al Sacramento santísimo de la Eucaristía por gustillos y lágrimas, sin tener respeto al fruto de él, que es lo que se debe pretender de los Sacramentos y el fin para que Cristo acá nos los dejó. Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz que los ha de salvar; y se les parece en el pelo, pues ellos quedan desaprovechados y en ocasión de desaprovechar a los compañeros. Busque, busque el que no quiere hallarse en estos inconvenientes y riesgos sola la voluntad de Dios, curando poco de todo lo demás.

8. »¡Oh amor propio, cómo eres causa de que no falte vicio en las cosas espirituales! Espiritual hermosura era la que Lucifer deseaba en el cielo; y porque no le convenía, ni la remitió a la voluntad de Dios, *como rayo bajó del cielo y cayó*; y

hombre. Sentimiento de Hijo de Dios, y muy seguro, es pasar penas; pero el sentimiento de la carne es sólo cebarse en los gustos del espíritu, si no fuese cuando el Señor los da de su mano, no buscándolos. Tú busca conformidad en tu querer, y entonces podrás tener por seguros y te serán provechosos los sentimientos, e irás muy asegurado; y lo demás que por aquí no se regla es engaño. Porque muchas veces hay espíritus tan afectuosos, y con aficiones de Dios, que proceden de ser muy sensuales (3) e imperfectos. Porque verdaderamente ellos no aman a Dios como deben, sino aquel sentimiento y gusto sensual que les causa el contento y dulcedumbre que toman en Dios, y no en su santa voluntad; ni se han negado ni renunciado en sus santos mandamientos, lo cual será verdadero amor. Y cuanto les dura aquel dulzor, tanto se aprovechan y no más. Luego los veréis, en quitándoles aquel gusto, airados, inquietos y pecadores de arte mayor, flacos y sin rienda en los vicios. Lo cual es testimonio de lo que decíamos, que se amaban a sí, y no a Dios, y más aquel bocadillo del gusto, que no a Cristo.

10. »Estos son muy parecidos al niño que llora, que dándole una melcochuela, en tanto que la come, calla, y en acabándola, llora. De manera que cuando callaba, no era porque su padre le mandaba callar, sino por el sabor de lo que comía; no era obediencia ni amor, sino golosina e

((3) *Muy sensuales;* en este lugar significa *muy sensibles*, muy dados a la vida de los sentidos y poco o nada espirituales. No significa carnales, lascivos, lujuriosos.

deseando el contento, cayó en eterna cruz; y procurando lo ajeno, perdió lo propio. ¿Para qué quiere el siervo de Dios el contentamiento y la excelencia de la santidad y abundancia de gracias? ¿Es por ventura para agradarse así, viéndose consolado y con gusto, o para agradar a Dios? Si es para esto segundo, sabed, amigo, que entonces agrada el hombre a Dios cuando se contenta de lo que Él le da, y no cuando el alma está contenta de lo que tiene; luego si os da a padecer desconsuelos, persecuciones y tristezas, etc., y Él está contento, contentaos vos, y daréis testimonio que buscáis su voluntad, y no la vuestra. A las lágrimas y muestras de amor de los Apóstoles dice Cristo que no es amor (2), y a llevar su cruz y la pena que les causaba su ausencia con paciencia, pone por título y renombre de amor, y así dijo: *Si me amaseis, os contentaríais con mi ausencia.*

9. »Amar es padecer; amor de Cristo es hacer bien a quien nos hace mal. Más sentiste de Dios cuando disimulaste la ira, y llevaste la injuria, y sufriste la pena, y te contentaste con la tribulación, que cuando lloraste y tuviste consolación y te arrobaste. *Esto sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús,* dice el sagrado Apóstol (*Filip.*, 2, 5). ¿Qué es lo que habemos de sentir? Menosprecios, como Él mismo, pobreza y humildad y abatimiento como Él, *que siendo igual al Padre, se hizo hombre y tomó forma de siervo.* Esto es sentimiento de Cristo, y lo demás es sentimiento de

(2) Véase más arriba, pág. 167.

interés propio. ¡Oh qué de niños desobedientes a Dios hay hoy! Que si no riñen, o deshonran, o murmuran, o hablan ocioso, o maldicen, o pierden el tiempo, no es por contentar a Dios o hacer lo que Él les manda, sino porque les ha dado alguna melcochuela de devocioncilla, que ellos buscan, en la cual se entretienen; mas en quitándosela, miradles a las manos, y veréislos que sus lágrimas y deseos no eran amor, sino propio interés, pues ofenden a Dios y le desacatan. De suerte que tanto les duró el amor cuanto les duró la dulcedumbre. ¿Cómo, que en los bienes y abundancia se conozcan los amigos, y no en los trabajos y necesidades?

11. »Quiero que sepáis, amigo, que muchas veces los livianos y flacos de corazón, y pobres de la gracia del Espíritu Santo, sienten muy de ordinario esta dulcedumbre de espíritu y afección interior; lo cual no siempre sienten los verdaderos amadores de Dios. Y más fácilmente se mueve el que no está tan aprovechado y el flaco y el liviano de corazón, y el que no sabe qué es perfecta consolación; y así, en ofreciéndosele cualquier sentimiento de devocioncilla, luego la abrazan y reciben, como si ahí les fuese la vida. Y mirad bien que esta dulcedumbre y afectos de devoción muchas veces los causa, no la muchedumbre y abundancia de la gracia, sino la pobreza que de ella tiene el alma. Las cosas pequeñas alegran mucho al pobre, por poco valor que tengan. Como si dieseis un trago de buen vino a uno que estuviese embriagado de beberlo, no lo sentiría ni se alegraría; mas si lo dieseis a uno que

no lo ha bebido, y le tiene gana, y muere por él, hará maravillas y se alegrará. La gente que no está embriagada y llena del vino de Dios con mucha caridad y gracia, tiene en tanto un sorbillo de devoción ,que le parece que ya tiene vivienda en la gloria, y dicen que les ha visitado Dios, y estiman sus lágrimas, y andan con mucha alegría; y en hecho de verdad, es poca o nada, y por ventura —y aun sin ella, como dijimos— procede de poco amor y espíritu verdadero. Mas el que está lleno de amor fuerte y fino no cura tanto de la devoción sensual, ni la estima en tanto, ni la tiene por caudal, sino para echarla en paciencia, en mortificación propia, en amor a la cruz, y en sufrir las injurias y en todas las otras virtudes, ejercitándolas en sí propio. Esto es testimonio de tener espíritu y gracia en abundancia.

12. »Y así veréis que cuando Dios llama a un alma por mucha abundancia de gracia y dones suyos, no responde el hombre a sorbillos ni a gustillos, sino con una viveza allá dentro muy interior y entrañable, fundada en un deseo vivo de padecer por quien le llamó y en la determinación del cumplimiento de la voluntad de Dios. Y así dijo Job (14, 15): *Me llamarás, y yo te responderé.*

—¿Y en qué le enviaréis la respuesta, varón santísimo?

—¿En qué? En tener paciencia grandísima en las adversidades y pérdidas, en las enfermedades y desamparo, en las llagas y en la pobreza y en el resto de la cruz, en las tentaciones de Satanás y en el ejercicio de las demás virtudes.

13. »Así, el Apóstol san Pablo, cuando fue llamado con viva voz de Dios, no dio respuesta de gustillos y niñerías, sino muy cabal, de grande sustancia, diciendo: «Yo os doy mi querer, y póstrolo al vuestro, y póngolo en vuestras manos: tomadlo, y mandad lo que mejor os parezca.» Y vemos adelante que el mismo Dios dice, notificando la posesión que ya tenía en Pablo, y lo que le quiere como *a escogido* y llamado (*Act.*, 9, 16): *Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre y gloria.* Esta obra es la verdadera muestra del verdadero siervo de Cristo, y éste es el verdadero título de los muy amados de Él; no dulzorcillos ni contentamientos, sino grandes sufrimientos en los trabajos y ejercicios, en angustias y en infamias, testimonios, pobreza, necesidades y cosas que tienen por fin lastimar y deshacer a la misma carne. Este es el buen *responder a Dios* cuando llama. Porque el llamamiento de Cristo deja obligado al que fue llamado a muy particulares servicios, si no quisiere el hombre hallarse con grande ingratitud delante de su Criador. De suerte, hermano, que entonces entenderéis que el llamamiento es de Dios, cuando le correspondiereis con el cumplimiento del divino querer, aunque sea con riesgo de perder la hacienda, vida y honra. Y esto es lo que justifica al hombre y le pone en la perfección, y le hace muy parecido y muy semejante a Jesucristo, que a sorbos y muy de paso tuvo los consuelos en este mundo, y siempre estuvo en ejercicio de cruz, sin resfriarse un punto en el amor de ella.

14. »Sabed también que algunas veces el de-

monio endulza el alma y la pone devota, a fin de tener la carne en grande flaqueza por medio de aquel gusto y sabor de la espiritual gula, y para que el alma confíe mucho y descanse en ella, pareciéndole al tal que er verdadero espíritu lo que siente interiormente, y con aquel falso sabor indiscretamente se ejercite en vigilias y larga oración o extremados ayunos, no comiendo ni durmiendo lo que ha menester, y sacándose la sangre sin tasa ni medida; y así con esta demasía venga a perder los ejercicios más útiles y en que Dios más se sirve y agrada.

15. »Y aun de aquí resulta otro engaño, y es que como el alma se siente muy abundante en estos sentimientos y dulzuras, cree de sí que es perfecta, y con esto se hace lerda, y no procura de aprovechar más y adquirir más virtudes, estando como está en esto el verdadero amor de Dios y el verdadero espíritu.

»Trae en otro desvarío el demonio a los tales, y es que con aquel sabor y dulcedumbre de espíritu que ellos dicen, no es otra su intención en todos sus ejercicios en que se ejercitan en el camino del Señor, sino andar buscando sentimiento de devoción y dulcedumbre, hechos golosos tras estos deleites, seguidores y amadores de su mismo regalo, poniendo todo su fin en sí mismos. Los cuales vienen de poco en poco a ser del justo juez Cristo permitidos caer en grandes pecados en este mundo, y en el otro en eternas penas y aflicciones. Porque este alto Señor pone sus ojos en la intención de los corazones humanos. Y pluguiera a Dios, hermano, que antes hu-

bierais sido un glotón de comer y beber, y contentádoos a vos mismo según la carne en estos deleites; porque al cabo el mismo hastío fuera causa de vuestra enmienda; y no hubierais sabido a qué saben sentimientos de Dios, si no sabéis estimarlos y darles el lugar que merecen, prefiriendo el ejercicio de las virtudes, el padecer y la cruz a todos ellos; porque el sabor suyo quizá no os hubiera engañado, poniendo en él todo el fin de vuestras obras, conociendo vos cómo Jesucristo, nuestro Maestro, puso en la cruz el fin, y aun el principio, de todos sus días, y allí acabó la vida por vos.

16. »Mirad, hermano, que el verdadero amor está encondido en lo profundo de las virtudes, y manifiéstase en cualquiera adversidad. Decláromе más: el fundamento de la paciencia es un deseo entrañable de padecer por amor de Dios todo lo que es posible sufrir al hombre y pasar en tiempo y eternidad; y asimismo digo en las demás virtudes, cuando el alma siente este entrañable deseo de humildad y paciencia. Este amor se manifiesta exteriormente cuando el hombre actualmente padece sufriendo cosas de pena, hallando en ellas descanso y dulzor, o a lo menos llevándolas con paciencia. Este, si por amor de Dios lo pasa, es verdadero amor, y todo lo demás es sospechoso y sin fundamento.

17. »La santidad de hogaño se compone de tener grandes deseos en la oración, y hacer grandes pecados en la conversación. Lloramos allí los dolores de Cristo, y luego procuramos darlos a nuestros prójimos y hermanos. Allí reverencia-

mos la paciencia del Hijo de Dios, y después ejercitamos la ira. Callamos una hora, y parlamos todo el día. De manera que, sacando en limpio nuestro espiritual aprovechamiento, es irnos a callar allí, orar y pensar en Dios, dando esto por precio de lo que deseamos y buscamos, que es consuelo y deleite, y luego quedamos como de antes. De manera que nuestra santidad es de molde, porque nunca crece ni se trata de este punto, siendo el principal de que debemos tratar. Mucha gente va engañada por este camino; Dios lo remedie. Amén...

»Verdaderamente es cosa de no poco espanto ver que, siendo tanta la muchedumbre de los que caminan por el camino de Dios engañados, haya tan pocos que piensen que lo están. Si no, preguntadlo, y no habrá hombre en todos, que no crea y diga en todo su deseo, por verse en una devocioncilla y lágrimas, que es ya perfecto, y que sabe mucho de cosas de espíritu, y que tiene para sí, y aun para los otros, santidad verdadera, y que tiene ya prendas muy ciertas de que le han de dar silla y asiento en el reino de Dios. Toda esta temeraria confianza nace de una cosa muy peligrosa y común a muchos, que es la falta de conocimiento del verdadero espíritu de Dios, casándose cada uno con su opinión, teniendo por mejor hacer lo que quieren, que no lo que deben, y seguir antes donde guía el apetito de la sensual devoción que escuchar donde llama el espíritu y doctrina de Cristo, que es negarse el hombre en todo, y resignar su voluntad en la del Señor,

y procurar enteramente la mortificación de sí mismo.

18. »Mirad qué va de esto, a andar tan vivo el hombre, que acabado su recogimiento, luego busca su propia estimación. ¿Pues cómo, hermano? ¿Allí te encierras, y echas la aldaba tras ti, y aquí buscas estimación de tus obras, fama y loor? ¿Allí lloras porque pecaste, y aquí haces de nuevo por qué llorar? ¿Allí dices que eres tierra, y aquí juras que eres cielo, y que tienes mejor carne y sangre que el otro, siendo todos sarmiento de una cepa, y agua de una fuente, y fruto de una raíz? ¿Blasonas que en la oración aprendes grandes verdades y conocimiento de cosas divinas, y aquí te hallamos lleno de tantas mentiras y ceguedades? Mira en ti, y te hallarás entero, carnal, lleno de tu propio querer, y que en todo te buscas y engrandeces, con grande infamia de los ejercicios espirituales, pues ocupándote exteriormente en ellos, interiormente no te aprovechas por tu misma malicia y engaño.»

El remedio de todo este mal es buscar sólo la voluntad de Dios, y en nada nuestro gusto, aun de cosas santas y espirituales.

CAPITULO 24

Los grados que hay de conformidad con la voluntad de Dios

Para llegar a la perfecta conformidad con la voluntad divina en todas estas cosas y adversida-

des, así exteriores como interiores: dolores, deshonras, necesidades y aflicciones, se ha de subir por sus grados.

El primero es llevar con paciencia cuanto Dios envía, sin resistencia ni repugnancia alguna, por más ardua que sea la adversidad. Y no piense que hace uno mucho en esto, que no es sino lo necesario y debido que aun los muy imperfectos han guardado. El sacerdote Helí, con ser tal que por sus pecados y los de sus hijos castigó Dios a Israel, en oyendo la sentencia airada de Dios contra sí y su casa, no se atrevió a repugnar, sino con gran paciencia dijo (1 *Sam.*, 3, 18): *Señor es; lo que le pareciere bien en su acatamiento, eso se haga.* La cual razón le convenció a tener paciencia. Y es muy eficaz, si se considera, para no tener repugnancia ni resistir a su Majestad, pues dispone de su hacienda como señor y dueño.

Y si se hiciera injusticia en resistir a un hombre porque use del derecho que tiene en alguna cosa que es suya propia, ¿por qué se ha de resistir a Dios? Un amo tiene derecho para castigar a su esclavo; un padre tiene obligación de corregir a su hijo; un juez debe, por su oficio, ajusticiar al delincuente. Nadie les puede ni debe estorbar esto, pues fuera de tener derecho para ello, tienen obligación, y o por justicia o por ley natural, deben hacerlo así. Pues ¿cómo queremos que Dios, que es Señor nuestro, y Padre y Juez, nos deje perder, y Él se descuide en hacer su oficio, dejando de castigarnos y corregirnos? Y si hacer resistencia a la justicia humana es tan gran

delito, ¿cómo ha de ser lícito resistir a la Justicia divina?

Miremos las cosas con estos ojos en verdad y en fe, como venidas de la poderosa y justa mano de Dios, y las llevaremos bien. Por que, sin duda, es falta de fe la repugnancia que tenemos cuando nos airamos y volvemos contra los hombres, como si no nos vinieran de Dios, ni conociera su Majestad lo que pasa, que escoge a los hombres por instrumentos de su justicia para avisar a otros, y se les debe respeto, como a ministros de Dios.

Considere, pues, uno a sí mismo que es un vil esclavo, y a Dios que es Señor de todo, Rey y Juez justísimo, y repita lo que el abad Pastor aconsejaba: ¿Quién soy yo, que prefiera mi voluntad y mi juicio al divino?

Y si no es lícito juzgar temerariamente a otro hombre ni tener quejas injustificadas interiores de él, ¿por qué hemos de juzgar a Dios y quejarnos de su Majestad, pareciéndonos que algunas veces nos sienta mucho la mano?

Finalmente, la impaciencia no es alivio de ningún trabajo, sino otro trabajo peor; ni descarga de la cruz, sino que hace que la llevemos sin Cristo, que es grande desconsuelo.

El segundo grado es llevar las adversidades y penas con alegría. El rey David, antes que tuviese bien entendida la voluntad de Dios en la muerte del hijo que le había nacido de Betsabé, lloró mucho y afligióse postrado en tierra sin comer bocado; mas luego que entendió la voluntad del Señor y muerte del niño, se puso de fiesta, se ale-

gró y fue al templo a adorar al Señor y darle gracias (2 *Sam.*, 12, 20). Luego pidió de comer, y le sobró regocijo para consolar a Betsabé.

El santo Job (6, 10), en medio de sus tribulaciones, dijo: *Este sea mi consuelo; que me perdone quien me aflige con dolor, y no contradiga yo a las palabras del Santo*, esto es, a la voluntad de Dios, que es sólo Santo por esencia.

Cristo, Señor nuestro, con estar triste sobre manera y con sudores de muerte y sangre, y con un tedio mortal, luego que el Angel le declaró últimamente la voluntad divina, aunque era de cosa tan amarga como morir tal muerte, se recreó y confortó, y despidiendo aquel tedio y aflicción salió con gran ánimo y prontitud a encontrarse con los que le venían a prender; que el mayor consuelo que le podría traer el Angel fue la confirmación de la voluntad de Dios. Y los Apóstoles se iban regocijados en medio de sus persecuciones, con la misma consideración.

Esta alegría ha de nacer de la fe y ley que tenemos a Dios, y del conocimiento grande del bien que nos hacen las adversidades. Y si verdaderamente amáramos a Dios, no era menester más para estar contentísimos que saber se hace su voluntad, lo cual sólo basta para causar una alegría inexplicable. Santa Liduvina padecía increíbles dolores y enfermedades; pero muy contenta con ellas, repetía: «Señor, es para mí muy agradable que no me perdones, ni te vayas a la mano en afligirme y cargarme de dolores; porque el ejecutarse en mí tu voluntad me es sumo consuelo.» Y es así que no hay otra consolación mayor; an-

tes, el fino amador de Dios ha de desechhar cualquier otro consuelo de la tierra y no quererle, sino padecer a secas, teniendo sólo por alivio único de sus trabajos las palabras de Cristo: *No se haga mi voluntad, sino la tuya.* Y así, a este grado pertenece, no sólo holgarse con padecer, sino no buscar consuelo alguno. También es esta alegría para remedio de nuestro sentimiento y para que llevemos mejor y más suavemente cualquier necesidad, así como los que trabajan alibian su fatiga cantando.

El grado tercero es llevar lo que nos es penoso con acción de gracias, estimándolo como gran beneficio. Job, (1, 20), con perder en una hora hijos y hacienda, y con padecer tan gran tragedia, y en tan breve tiempo, que, de una hora para otra, de rey se vio mendigo, alabó a Dios, diciendo: *¡Sea el nombre de Dios bendito!* Y después de habérsele aumentado su trabajo con aquella lepra y enfermedad tan asquerosa, lo estimó por gran beneficio, diciendo (2, 10): *Si recibimos de las manos de Dios los bienes, ¿por qué no recibiremos los males?*

Esta razón, para que tenga fuerza y concluya con evidencia, como verdaderamente concluye, supone que uno y otro son beneficios divinos, no sólo los bienes de esta vida, sino sus males y adversidades; y no sólo supone que son igualmente beneficios de Dios, sino que las tribulaciones y trabajos son mayores beneficios. Y así Job se hizo su cuenta: Si los bienes temporales, la felicidad y hacienda, recibimos con gusto de la mano de Dios, con ser entre sus beneficios los más peque-

ños de todos, ¿por qué no recibiremos también los males, las adversidades y los trabajos, pues suelen ser incomparablemente mayores beneficios? Y más ahora, después que con ellos imitamos a Jesús, y nos hacemos más conformes al Hijo de Dios. Pues mirando con estos ojos los trabajos, como en verdad deben mirarse, si no queremos vivir engañados, los agradeció a Dios el santo Job, y le bendijo y alabó por ellos.

Pero aunque no fueran beneficios como son, obligaríamos a Dios mucho en darle gracias, no sólo por los bienes que de su mano nos vienen, sino por cualquier otra cosa, aunque fuesen males. Porque si dicen que para negociar uno bien y ganar las voluntades de los hombres ha de dar gracias por agravios, ¿cuánto más se dará Dios por obligado a quien le agradece todo lo que con él hace? Que con esta costumbre de dar gracias, aunque fuera mal, le transformáramos en bien, como nos dice san Juan Crisóstomo: «¿Has padecido algún mal? Si tú quieres, no será mal; da a Dios gracias, y ya al mal le trocaste en bien.»

El cuarto grado es llevar los trabajos con deseo y apetito de padecer más, a imitación de Cristo, que confesó de Sí que se afligía porque no llegaba la hora de su Pasión; la cual dijo que deseaba para llenarse de trabajo y cubrirse todo de dolores, como uno que está hundido y anegado en grandes aguas, y que, entre tanto, hasta que se cumpliese esto, le apremiaba éste su deseo; y ya una vez cubierto de aguas de tribulación en la cruz, aún se quejó de sed, que sin duda tuvo deseo y ánimo de padecer más.

Muchos imitadores ha tenido Jesús; y, recientemente, el santo y apostólico mártir del Japón, Beato Carlos Spínola, de nuestra Compañía, toda su vida anduvo con ansias de padecer más, aunque padecía mucho por Jesucristo. Y así escribe declarando su afecto: «Si no podemos padecer cosas ásperas, por lo menos es gran deleite acordarse de los que las padecieron, y con su llama encendernos más! ¡Cuándo llegará aquel tiempo día, hora o momento! ¡Cuánta suavidad es aún sólo pensar padecer penas de muerte por Cristo! ¿Pues qué será el mismo morir?» Estas y otras cosas semejantes decía y pensaba con ansiosos deseos de padecer. Y no hubo para él regocijo como cuando se sintió quemar vivo por Jesucristo.

San Francisco Javier, de los consuelos del cielo que recibía, pedía a Dios término, diciendo: *Basta, Señor, basta*; pero de los trabajos no se hartaba, antes estaba tan deseoso de ellos, que decía: *Más, Señor, más*...

Oigamos también lo que en esta parte sentía una mujer débil, fortalecida del deseo de agradar a su Criador. La venerable virgen doña Luisa de Carvajal confiesa esto de sí: «Tanto cuanto crece el afecto de unirme íntimamente con el Sumo Bien, a esa medida crece el afecto y deseo vivo de morir por Él entre mil martirios. Y para mí no hay otra felicidad ni otra gloria; ni se me abre puerta para que me pueda alegrar con los contentos y descansos que imaginamos en el cielo, ni para que piense y discurra en esa materia de ninguna manera; y si me hago fuerza a ello, hallo

sequedad, y como digo, cerrada sin duda esa puerta; y si me acuerdo de Dios, toda mi alma se embebe en desear unirse con ese Sumo Bien perfectamente; y de ahí da luego el afecto en deseo de morir por Él, y aquí se encierran todos mis afectos, y mis discursos y mis contentos.»

No sé si aún con más fervor declaró esta misma sierva de Dios este su deseo, cuando dice así: «Está el alma muriendo por ver acabar la temporal vida en mil martirios, por el amor de aquel Sumo Bien que ama; y sirviéndole la dilación de un riguroso tormento, ninguna cosa quiere más que verse morir de esta dolencia. Y muere porque no muere; y gusta que no sea remediable su mal, mientras Dios lo quiere así.»

CAPITULO 25

Cuánto importa la obediencia para la mortificación, pureza de intención y conformidad con la voluntad de Dios

1. De todo lo dicho hemos de sacar una incomparable estima de la virtud de la obediencia, virtud riquísima y poderosa para llenar un corazón de bienes espirituales y colmarle de grandes merecimientos; virtud poderosa para subir un alma a grande perfección en breve tiempo. Ella es una vida de ángeles, que tienen por ocupación hacer la voluntad de Dios, significada por sus superiores; ella es una perfecta imitación del Hijo de Dios; ella es la quietud de las pasiones; ella

es el descanso del corazón; ella es el sosiego del alma; ella es el vuelo al cielo; ella es la causa del aprovechamiento espiritual; ella es el atajo de la perfección; y todo lo que hasta aquí hemos dicho de la mortificación y renunciación de la voluntad propia, de la pureza de intención y de la conformidad con la voluntad divina, en la obediencia consumada se halla; y en ella y con ella se ha de practicar y poner por obra.

Claro está que *para motificarse* uno y renunciarse a sí mismo, no hay mejor medio que la obediencia, porque si es perfecta, ha de tener a raya todos sus sentidos, apetitos y potencias, para no usarlas fuera de lo que le fuere ordenado. Y no solamente los sentidos y potencias materiales, sino las espirituales, el entendimiento y voluntad, que son las más arduas de rendir y sujetar a otro; antes, como por la obediencia se ha de hacer la voluntad ajena, no ha de tener el perfecto obediente voluntad propia. Con lo cual se hace una entera renunciación de sí, y se cumple lo primero que dijimos ser necesario para hacer la voluntad de Dios, que es no hacer la nuestra.

2. Pues *para hacer las cosas con pureza de intención* y asegurarse uno que cumple la voluntad de Dios, ¿qué mejor medio se podía inventar que la obediencia? Pues de dos cosas esenciales que encierra la pureza de intención, una de hacer *las cosas que Dios quiere*, otra de hacerlas *porque Dios lo quiere*, cierto es que, para hacer *las cosas que Dios quiere*, ninguno puede acertar mejor que el obediente, y ninguno se puede satisfacer más y asegurarse de que cumple la voluntad

divina. Antes si dejara de hacer lo que le ordena su superior, por hacer otra cosa mejor, y aunque viera que se lo ordenaba un ángel, se había de tener por ilusión y engaño. No hay prudencia mayor, ni inspiración más clara, ni revelación más segura para acertar con lo que Dios gusta, que la obediencia. En cumpliéndola uno, puede asegurarse que cumple el gusto divino; y no cumpliéndola, entienda que no hace lo que Dios quiere, y que no es posible tener pura intención. Manden los superiores lo que quisieren y como quisieren; y sean ellos los que quisieren; como no manden cosa claramente mala, aunque ellos sean malos y aunque manden mal, y pecasen en mandar, la voluntad de Dios es que obedezca el súbdito. De modo que no hay discreción más cuerda, ni prudencia más sabia, ni sabiduría más de Dios, ni regla menos sin excepción, ni modo más seguro, ni arte más breve para acertar con lo que Dios quiere, que obedecer a lo que se manda. Y así, todas las reglas que dimos para saber conocer qué cosa sería del gusto de Dios, en habiendo obediencia no son necesarias, porque esta virtud ahorra de todo.

La otra condición de la pureza de intención, que es hacer las cosas *porque gusta Dios*, también se halla en el perfecto obediente. Porque como éste no tenga gusto ni voluntad propia, es natural que, quitado el contrario que tiene en nosotros la voluntad de Dios, que es la nuestra propia, se harán las cosas por cumplir la divina, mirando al superior como si fuera Dios, y sus

palabras como oráculos, y su ordenación como del cielo.

3. *La conformidad con lo que Dios quiera* es también muy propia de la perfecta obediencia; porque como está el obediente a mandato ajeno, debe estar dispuesto a sufrir cualquier incomodidad que le venga por la ordenación del superior. —También, como no tiene voluntad propia, no tiene cosa que contradiga a la voluntad divina en cualquier cosa que le mandaren—. Fuera de esto, el perfecto obediente no se ha de limitar o estrechar a tales o cuales cosas, sino generosamente, con resignación universal, a todo lo que le mandaren; con la cual determinación no hay cosa ni orden que le venga, que no la reciba y admita. Y si debemos conformarnos con lo que Dios quiere cuando toma por instrumentos los elementos y otras criaturas irracionales, y los hombres pecadores e infieles, sufriendo con paciencia las incomodidades del tiempo, las desgracias que acontecen, las injurias y desprecios que nos hacen, ¿por qué no hemos también de sufrir a su divina Majestad, cuando toma un instrumento más noble y a quien debemos respeto, como es nuestro padre espiritual, y un hombre que es vicario de Dios, y muchas veces persona santísima y muy querida de su divina Majestad?

De manera que no obedeciendo, ni se vence la voluntad propia, ni se cumple la divina, ni se conforma uno con el querer de Dios; mas quien obedece perfectamente, lo hace todo. Y todo lo que hasta aquí hemos dicho del bien que es cum-

plir la voluntad de Dios, corre de la misma suerte en la obediencia.

4. Pues por todo esto es esta virtud tan encomendada de todos los Padres de la Iglesia, tan practicada de los santos y tan amada de Jesús, que murió por obedecer. Llámanla virtud ciega, por lo mucho que con ella se asegura el cumplimiento de la voluntad de Dios, que no tiene uno más que mirar ni considerar, sino hacer lo que le mandan, y a cierra ojos, como dicen, acertará con el gusto divino. Y así, quien desee amar a su Redentor, abrácese con esta virtud tan amada de Él; quien desee cumplir la voluntad divina, esmérese en esta virtud, por la cual se intima lo que Dios quiere; quien desee vencerse a sí mismo, señálese en esta virtud, por la cual se cantan victorias de la propia voluntad; quien desee hallar la paz, busque esta virtud, con la cual estará sin turbación; quien desee llegar al cielo por el camino más breve, y sin tropiezo, vaya por esta virtud, que es un atajo muy llano. Respete en los superiores a Dios, y no salga un punto de su voluntad, porque tanto irá contra la voluntad de Dios, cuanto fuere contra la voluntad de un hombre que tiene en lugar de Dios.

Tenga cada uno guardadas en el corazón las palabras que Jesús, sabiduría eterna, dijo a los superiores (*Lc.*, 10, 16): *El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia*; y despreciar a Dios, ¿quién lo puede hacer sino un demonio? Por lo cual dijo un Padre antiguo que el que resistía a los superiores, con más verdad se había de llamar diablo que

hombre. Mucho va, por cierto, de obedecer a no obedecer. Va esto por extremo: o se tiene por ángel del cielo quien obedece ocupándose en el cumplimiento de la voluntad divina, o se califica por un Lucifer quien no oye la voz del hombre que representa a Dios.

CAPITULO 26

De la uniformidad con la voluntad de Dios

1. De la abnegación de la propia voluntad y de la pureza de intención y conformidad con la voluntad divina, ha de subir un alma a la uniformidad, esto es, a una tan estrecha unión con el querer divino y con el mismo Dios, que no parezca que son dos voluntades, sino una; que no tanto quiera aquello que Dios quiere, sino que quiera lo mismo, no hallando en sí otra razón de querer. De modo que está su voluntad propia, cuanto lo que toca a sí, como baldía en el mundo, y como transformada totalmente en el gusto de Dios; haciendo todas las cosas, o padeciéndolas, en que viere ser el gusto divino, como si por su voluntad las hiciera, o se metiera en aquel trabajo por su gusto, con igual y mayor contento. Lo cual más parece tener *una* voluntad con Dios, que tenerla *conforme* solamente. Porque la *conformidad* significa dos quereres, que convienen y concuerdan, y aunque haya dificultad y resistencia, se conforma uno con el querer de otro; pero la *uniformidad* semeja tal unión de gustos, que no

parece que hay dos, ni hay dificultad ni resistencia, sino que de tal manera quiere uno lo que otro quiere, como si él propio de suyo, y por su apetito, lo quisiera. Y tan lejos está de querer cosa por sí mismo, como si su voluntad no fuera en el mundo; y si faltara la voluntad de Dios, no se sabría arrojar a querer nada, no teniendo en sí otro querer propio, sino el de Dios, deleitándose en esto sólo, y como connaturalmente, como si hiciera su gusto. Y si acaso fuese necesario hacer él alguna cosa que hubiera que hacer por sí, sintiera en esto una gran violencia y tormento. De modo que se pueda decir que no sólo hace la voluntad de Dios, sino la suya, haciendo la divina, porque no tiene otra voluntad contraria ni querer distinto.

2. A esto nos exhorta un espiritualísimo varón (1), diciendo: «Pasad adelante de todo lo que podéis comprender, y de toda criatura, y sólo descansad en aquella voluntad de vuestro incomprensible e infinito Bien; aquélla abrazad y amad, como quiera que os sucedan las cosas, prósperas o adversas, seguras o de grandes peligros. Porque no puede el alma subir a mayor dignidad, ni hacer cosa más ilustre ni de más honra y grandeza ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él.

»¡Oh bendito seas, Dios mío, Creador de todas las cosas, y vida de todo lo que es; pues siendo Tú Creador y yo criatura, Tú ser infinito y noso-

(1) Maestro Avila. DOCTRINA ADMIRAFLE. *Obras*, t. I. página 361.

tros nada y miseria, llegamos a tanta y tan grande participación con tu Suma Bondad, que te parecemos en el querer y en el juzgar. ¿Vos decís, Señor, que esto es bueno? Lo mismo decimos nosotros. ¿Vos lo queréis? También lo queremos acá. ¿Os ha parecido que estemos veinte años en una cruz con sequedades y tentaciones? Aceptámoslo de muy buena gana. ¿Queréis que seamos abatidos, deshonrados y perseguidos? El mismo voto tenemos y por vuestro seso nos gobernamos.

3. »Mirad si podemos errar, o nos podrá faltar cosa de las que para el cielo nos importan. De voluntad tan santa como la divina y querer tan justo ¿qué mandamiento puede salir que no sea justo, santo y perfecto? Y siendo tan liberal y tan larga, ¿qué puede pedir al hombre que no sea para él grande e incomprensible tesoro? ¿Qué aviso puede dar que no sea de grande misericordia y sabiduría? ¿Qué camino nos puede enseñar que no sea de grande seguridad y muy llano? Y ¿qué consejo nos puede dar que no sea fidelísimo y cierto, y que nos importe la vida en tomarlo?

»Siendo esto tan cierto, tan de fe y tan sin poder dudar, ¿qué locura es la nuestra en seguir nuestro querer y apetito, y el cumplimiento de nuestra voluntad, dejando de seguir la de Dios, que tanto nos asegura? Azote, castigue, mate o sane, quite devoción o póngala, trátenos como a esclavos o como a hijos, peniténcienos o regálenos todo es seguro, si hay en nuestras entrañas uniformidad con su voluntad y total negamiento de la nuestra, que tan perjudicial es, pues no tie-

ne para cosa más habilidad que para deshacer en nosotros lo que Dios hace, y para borrar de nuestros corazones lo que Dios en ellos con su dedo escribe, y para resistir a su divino querer.»

CAPITULO 27

De la deiformidad y vida divina que participan algunas almas santas

1. Nace de esta uniformidad y unión con el querer de Dios la *deiformidad* y una vida divina. Porque se dignó aquella tremenda Majestad que llena cielos y tierra, de dar a los que llegan a esta pureza y perfección su nombre, diciendo por David (*Ps.*, 81, 6): *Yo dije: Dioses sois, e hijos todos del Altísimo.* Y en su Evangelio dijo nuestro Amor Jesús (*Jn.*, 17, 20): *Ruégote, Padre, que sean una misma cosa, como Tú, Padre mío, en Mí, y yo en Ti, que así también ellos en nosotros sean una misma cosa.* Con tan estrecho lazo quiso Jesús que nos uniésemos con Dios, que más pareciésemos *unos* que *unidos*. A esto llega un alma cuando habiendo hecho pedazos y añicos su voluntad, y conforme y *una* en todo con la divina, y cuanto lo sufre el estado de esta vida, aniquilada y hundida en mil estados en el profundo abismo de su nada, se realza sobre sí, y cómo se transforma con un modo maravilloso en Dios, queriendo las cosas, no como si ella las quisiese, sino como si Dios las quisiese en ella; quedando como sin voluntad criada, y como si sólo tuviese

la divina que en ella viviese y obrase, como si no tuviese sólo unión con ella, sino unidad, teniendo una voluntad, no voluntad —súfrase decirlo así—; porque las cosas que quiere no las quiere como quieren los hombres, sino como si en ella sólo las quisiera Dios, a quien por la libertad que tiene, ha hecho de una vez total entrega de sí y de su voluntad, y dádose por esclavo perpetuo.

2. Celébrase esta maravillosa transformación cuando un alma así mira las cosas de Dios y su honra y gloria, no como cosas de otro, sino como muy propias; y, al contrario, mirando sus cosas, no sólo como ajenas, sino como si no fueran de criatura del mundo. Siendo para ella todo lo que la podía tocar, esto es, su honra, su comodidad, su gusto corporal o espiritual, no más que si no hubiera nacido o estuviera aniquilada, atendiendo siempre a sólo Dios, ocupada toda en su amor, haciendo desde luego lo que por una eternidad ha de hacer en compañía de los ángeles y bienaventurados.

El Señor nos ayude, por la sangre de su obedientísimo Hijo, para que así lo hagamos, cumpliendo su voluntad en la tierra como se cumple en el cielo. Amén.

CAPITULO 28

De los encendidos deseos con que se ha de buscar la perfección y cumplimiento de la voluntad divina, y los motivos que los despertarán

Este es el tercer cielo, éste el paraíso, éste el deseado término adonde son arrebatados los siervos leales de Dios; sus jornadas son la mortificación, pureza de intención y conformidad con la voluntad divina, de las cuales hemos ya tratado.

Pero porque no basta para llegar a un lugar ponerse en el camino, si no se anda por él, y para esto es menester tener viático que sustente, y pies que lleven, y ojos que guien, y luz que alumbre, porque de noche o a ciegas no se anda bien; y fuera de esto, ha de estar el camino seguro y sin estorbos; diremos ahora algunas advertencias generales que nos ayuden a caminar y asegurar el paso, quitando los peligros y tropiezos que en la jornada pueden ocurrir.

Lo primero es necesario emprenderla con fuerte y valiente resolución y grandes deseos, que, según san Agustín, son los pies del alma con que se llega a Dios. Y así, se ha de procurar tener siempre vivos y ardientes deseos, con una incomparable e invencible estima de nuestro aprovechamiento y del beneplácito divino, sobre toda otra cosa del mundo, sobre todo nuestro gusto, sobre toda honra, y sobre nuestra vida y millones de vidas que tuviéramos; con una fuerte aprensión y verdaderísima persuasión, que no hay otra cosa que nos importe; no contentándose uno con sólo agradar a Dios, sino resolviéndose a hacer todo lo posible a él, y deseando —con humildad profunda y desprecio de sí, pero con una generosa confianza en Dios y magnanimidad espiritual— pasar adelante hasta llegar a gran santidad. Porque no está abreviada la mano del Señor, y no

cumple uno la voluntad divina con menos; porque (1 *Tes.*, 4, 3) *la voluntad de Dios es nuestra santificación*, y que (*Apoc.*, 22, 11) *el santo se santifique más y el justo no cese de adelantar su justificación.*

Para esto nos podrán mover y confirmar muchas razones de las que quedan dichas; pero, por ser cosa de tanta importancia, recogeremos aquí otros motivos eficacísimos para desatollar a un alma de su pobreza y mezquindad, o, por mejor decir, de la intolerable ingratitud y vil término que usa con su Criador, estrechándose a sólo no disgustarle notablemente, y no animándose a servirle cuanto puede.

La primera razón es que se mire cuánto es Dios en Sí, y cuán digno de ser amado infinitamente y honrado de mil mundos por su estupenda e inenarrable bondad, sabiduría, omnipotencia y demás perfecciones que en Él se hallan, sin número, ni término, ni tasa; y verá uno que todo lo que entendió ser mucho y grande en su servicio, comparado con la bondad de su Criador y lo infinito que merece ser honrado, no es sino cosa poquísima y nonada, respecto de lo que Dios es digno.

Segundo. Pondérense también los desprecios, vituperios, pobreza, necesidades, dolores y Pasión tan amarga que sufrió el Hijo de Dios por nuestro amor, porque amemos y honremos a su Padre; y echará el alma de ver cuán gran niñería es todo lo que ha hecho y sufrido, respecto de lo que debe. Y si Cristo tomó tan de veras y tan a costa suya nuestra salvación, qué locura es y qué

encanto que en lo que nos va tanto a nosotros perdamos punto.

Tercero. Considérese la inocencia, pureza de vida y perfección que debemos tener, según el mandato de Dios, por el cual estamos obligados a no tener ni consentir en nosotros vicio ni culpa, sino procurar la plenitud de toda virtud, según se nos dice (*Mt.*, 22, 37): *Amarás a tu Señor Dios con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas.* Y verá uno claramente, y con gran vergüenza suya, las leguas que está lejos de esta perfección y de cumplir su obligación.

Cuarto. Tráigase a la memoria la multitud y franqueza de los beneficios divinos, y gracias corporales y espirituales, y mucho más el entrañable y ardiente amor con que las ha hecho Dios; y se conocerá que toda nuestra correspondencia y agradecimiento es nada, y una gran confusión contentarse con hacer tan poco por Aquel de quien se reciben tales y tantos dones, y dados de tan buena gana.

Quinto. Tantéese, si puede ser, la cumbre y alteza de la gloria inenarrable y la excesiva grandeza del premio que está aparejado para los que se vencen y obran bien; y que tanto mayor ha de ser la remuneración, cuanto nuestras obras fueren más perfectas; y echará uno de ver cuán poquísimo ha trabajado en comparación de tal galardón, y se animará a emprender más y mayores obras de virtud.

Sexto. Pondérese la nobleza, la generosidad y la hermosura que tiene en sí la virtud, y la excelencia, hermosura y dignidad que adquiere por

ella el alma; y, por otra parte, considérese la horrenda deformidad y vileza del vicio y la espantosa fealdad e infamia del pecado; y se esforzará uno, cuanto posible sea, a adquirir más y más virtudes, y a huir y apartarse cuanto pudiere de los vicios.

Séptimo. Cotéjese la alteza y perfección de vida que tuvieron los Padres antiguos y Santos de la Iglesia, sus admirables virtudes, su invencible mortificación, su larga oración; y se correrá uno de la imperfección de su vida y bajeza de sus pensamientos y obras.

Octavo. Hágase memoria de la multitud y enormidad de ofensas que hemos hecho contra tan buen Dios, y conocerá uno que la satisfacción que hace con sus obras es nada, y cosa infame no querer honrar más a su Criador, recompensándole la honra que, cuanto es de su parte, le quitó.

Noveno. Abranse los ojos para ver la multitud de peligros y tentaciones del mundo, del diablo y de la carne, y los muchos que han perecido; y procurará uno, si no está fuera de sí, asegurarse más y tomar mayor firmeza y fortaleza cada día con mayores obras de virtud, para poder resistirlas y vencerlas.

Décimo. Tráigase a la memoria, como san Jerónimo lo hacía, el riguroso, justo y tremendo juicio final de Dios, que ha de tomar cuenta de nuestras acciones; a cuyo tribunal hemos de llegar acompañados sólo de las obras buenas y malas, para dar cuenta de la satisfacción que hubiéremos hecho por las ofensas e infinito descomedimiento con que hemos tratado al mismo

Juez. Y si uno está en sí, no ha de cesar desde luego de hacer la satisfacción que le fuere posible, y conocerá ser vergüenza cuanto ha hecho, respecto de la penitencia y satisfacción que debe.

Once. Considérese la brevedad y vanidad de esta vida, la eternidad de la otra, la certeza de la muerte, la incertidumbre de cómo y cuánto será, después de la cual no hay más lugar de merecer ni de hacer penitencia; y se pasmará el cristiano de su locura, de que en esta vida pierda un punto de tiempo y cese de obrar mejor cada día.

Doce. Considérese el abismo de los justos juicios de Dios en algunos que vivieron santamente mucho tiempo, dejándolos después caer y perecer por algunas faltas ocultas que no advertían ellos; y no habrá ninguno que se aborrezca tanto, si está en su juicio, que por muy sublime vida que profese, se descuide en poner gran fuerza en purificarse, humillarse y perfeccionarse, limpiando todos sus afectos, examinando sus intenciones, allegándose más a su Dios, y temiéndose a sí, no haga cosa por la cual merezca ser desamparado por la mano divina.

Trece. Penétrese vivamente de la grandeza y eternidad de las penas del infierno destinadas a los pecadores; y parecerá muy ligera pena, y aun regalo, cualquier penitencia y aspereza de esta vida, por larga que sea, con tal de librarse de los dolores sempiternos; y procurará un alma subir a más perfección, por estar más lejos del riesgo de una cosa tan irremediable e incomparable. Si a un condenado le dieran libertad y tiempo para hacer alguna cosa por librarse de aquellos tor-

mentos, aunque no mereciera la gloria, ¿qué cosa le pareciera mucho? Pues para no caer y para alejarse de este horrendo peligro, ¿qué hemos de perdonar? Y más mereciendo juntamente mayores grados de gloria.

Catorce. Repárese mucho que, aun para vivir sin tanto trabajo y con grande gusto, es necesario ponerse en grande perfección con ánimo resoluto y valiente para hacer en todo la voluntad de Dios. Porque vivir muriendo es andar disgustado, *temer las mortificaciones y tener cuenta con nuestra comodidad;* pero resuelto uno a tomar de veras el negocio de la perfección, siente menos las penitencias, mortificaciones y trabajos de la vida espiritual y juntamente gran devoción y gustos del cielo. Es cosa tristísima y vileza grande ser tibio, el cual carece de los gustos, así humanos como espirituales, con mucha mayor fatiga.

Quince. Ultimamente, se ha de advertir mucho que, como se colige de la Sagrada Escritura, tiene Dios a cada uno señalado tiempo en que le deja padecer, sufrir y vencerse, y sentir la dificultad de la virtud; y si un alma se mortifica varonilmente con gran tesón y perseverancia, hasta el tiempo determinado por la Sabiduría divina, entonces llega Dios con mano poderosa y más benigna, facilitándole lo que antes le parecía duro, allanándole el camino, colmándole de gracias y llevándole como en brazos y a grandes jornadas. Y así, no hay sino alentarse a vencerse, que quizá falta poco, y acaso con medio año, o con medio mes más que uno se venciera, podría

llegar a aquel término y a ser santo, y proseguir con gran facilidad y gusto en la perfección; y si al contrario se cansase, puede temer no empiece a volver atrás hasta llegar a su perdición. Por cierto, es para temblar por una parte, y por otra, para alentarnos mucho, la parábola de los talentos (*Mt*., 25, 25), porque el que no cuidó de adelantar el talento recibido, llegado el término en que vino el Señor, fue privado de él, y reprobado, sólo porque no se aprovechó; y su talento fue traspasado al otro siervo fiel, que cuidó de adelantar su caudal. Lo cual pasa así no pocas veces, que a los tibios les faltan los deseos que antes tenían y vienen a desdecir y perecer; y las gracias que Dios les había hecho las traspasa a los fervorosos para que corran más prósperamente el camino del cielo.

Todas estas razones son fortísimas, y para eso las he apuntado aquí, no para que se lean de corrida; y así, pido al que llegase las torne a leer y ponderar despacio cada una de por sí, y después todas juntas; porque si cada una obligara y violentara nuestra pereza, ¿qué hará la unión de todas ellas? No sé qué tibieza de corazón podrá resistir a estos quince tan fuertes rayos, sin calentarse, por lo menos, con tanto fuego.

CAPITULO 29

Cómo se han de quitar los impedimentos de la perfección y del cumplimiento del beneplácito divino, con algunas advertencias necesarias para esto

Para andar bien un camino no basta llevar buenos pies; es necesario también que no haya atolladeros, ni barrancos, ni ladrones que al pasar detengan; y en el camino espiritual hay muchos de aquestos tropiezos que debemos huir. Pues para salvar estos peligros no trataré aquí de los medios conocidos y asentados contra los impedimentos de la vida espiritual, como es dejar el mundo, la pobreza voluntaria, la castidad y entrega de su voluntad a Dios; sino de otros avisos menos advertidos que aún quedan después de haberse dedicado un alma a su Criador. Para ello aprovecharán las siguientes reglas:

Primera. Se ha de andar con cuidado de no sólo quitar pecados, sino los estorbos e impedimentos de nuestro aprovechamiento, examinando despacio qué es lo que nos retarda. En esto, singularmente, se han de diferenciar los que tratan de perfección, de los demás; que no sólo han de tratar de evitar culpas, sino los impedimentos de su perfección.

Segunda. Siempre ha de andar uno estrechándose más, no permitiendo en sí remisión en cosas pequeñas; porque de lo pequeño se viene a lo grande, y el demonio no quiere más que una rendija por donde quepa un dedo, que él meterá por allí el brazo y luego entrará todo el cuerpo. De esta palabra, *¿qué importa esto?*, ha de abominar el siervo de Dios; que a quien sirve a un Señor infinito y ha de recibir una gloria eterna, lo poco *importa mucho*. Muchas veces se dice: *¿qué importa esto?*, y no importa menos que el ser santo. Porque en esto se difefrencian los santos de otros

que tratan de virtud sin hacer gran progreso; que éstos no reparan en cosillas; pero para los santos no hay cosa pequeña; todo lo llevan por el cabo, que esa es perfección.

Tercera. Del ejemplo de otros no se ha de tomar ocasión para anchura, por santa que sea la persona que la usare; porque podrá ser que ella tenga precisa necesidad, yo no la tendré. Y así, en esta parte del ejemplo, se ha de advertir que no se ha de atender a las personas, sino a las cosas. Si son actos de virtud conocidamente y de fervor, se ha de tomar el ejemplo aunque sea de un salteador; mas si es cosa de menos fervor y de anchura, no se ha de tomar el ejemplo, aunque fuera de un ángel del cielo o de un apóstol de Jesucristo.

Este aviso es de más importancia de lo que parece, aunque lo parece de mucha; porque son innumerables y muy perniciosas las relajaciones que por este camino se han introducido, apadrinándose nuestro amor propio con que tal hombre santo y tal persona espiritual hace esto o aquello. No es ésta buena regla, porque aunque todos los hombres santos del mundo lo hiciesen, si es cosa de menor perfección, no hay para qué la haya de hacer uno por eso. Si no es que tenga otra causa, o alguna precisa necesidad particular, con lo cual deje de ser imperfección.

Cuarta. En las palabras se ha de tener gran cuenta, no solamente en no hablar, si no es muy necesario, porque por la boca se sale el espíritu y toda la devoción, sino que también se ha de poner cuidado en no oír. Es increíble el daño que

hace el demonio en esta parte, con dictámenes y sentimientos mundanos, que esparce con capa de bien, así por boca de los tibios, como muchas veces por la de los que tienen nombre de espirituales. Importa se proceda aquí con la misma regla que dijimos acerca del ejemplo; porque si es dictamen que tire a anchura, o a cualquier comodidad no conforme con la imitación y mortificación de Jesucristo, aunque sea un serafín el que habla, no se le ha de escuchar, y menos creer; en esto del ejemplo y palabras sólo se ha de mirar si es cosa de mayor fervor y perfección, no a la persona que hiciere o dijere la tal cosa, por espiritual y santa que pareciere.

Quinta. De aquí se sigue que no se ha de guiar uno por lo que otros dicen, sino por la razón y el Evangelio, que pocos entienden su sabiduría, y menos la practican. Acuérdese uno de lo que hartas veces da a entender la Sagrada Escritura, que la sabiduría de Dios la califica el mundo engañado de tontería; y la sabiduría del mundo es, delante de Dios, ignorancia y desatino.

Sexta. La regla cierta que ha de tener uno de sus acciones, es la vida y muerte de Jesús; se le han de ir los ojos y el alma tras todo aquello con que se conformare más con el Hijo de Dios, como es la humildad y humillación, pobreza, desnudez e incomodidad, y esto será juzgar al seguro. Tenga uno escrita en el alma la doctrina de su Salvador; regálese y saboréese y repita aquellas palabras en que principalmente nos encarga su imitación y su Cruz; porque aunque tienen corteza amarga, encierran mucha dulzura para los que

las desean poner por obra. Como son cuando dijo (*Lc.*, 9, 23): *Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día y sígame.* Y otra vez (*Lc.*, 14, 26): *Si alguno se llega a Mí, y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos y hermanas, y hasta su misma alma, no puede ser mi discípulo.*

Séptima. Tiemble uno de gustos, honras y respetos mundanos. A las recreaciones lícitas, necesarias o por obediencia, vaya prevenido cómo se ha de haber y de qué ha de hablar, procurando sean cosas de provecho y de Dios; porque el verdadero siervo de Dios no ha de hablar sino con Dios, de Dios o por Dios; tenga gran cuidado de no disiparse, ni salir del todo de lo interior, porque el alma se nos sale fácilmente de casa, y vuelve dificultosamente.

Octava. La honra que le hicieren, o bien que de él dijeren, la ha de mirar como cosa sin razón y fuera de camino, queriendo toda la gloria para Dios y teniéndose así por digno de toda confusión, concibiendo de sí el sentimiento que encarga san Vicente Ferrer, que dice de esta manera: «Sienta de sí como de un cuerpo muerto, que está manando en asquerosos gusanos, que ni aun verle ni sufrir su olor pueden los que pasan cerca. De esta manera se ha de considerar delante de los hombres y ángeles; porque los pecados, aunque sean veniales, cosa más abominable y hedionda es, sin comparación alguna, que cualquier horror material. Ande siempre uno descontento de sí reprendiéndose aun en las buenas obras que hace; confundiéndose de no hacerlas bien, sino

imperfectamente y con poco fervor. Con esto estará muy lejos de aquel lenguaje y pretexto de los imperfectos, que con decir que les va la honra, atropellan con la honra verdadera, que es la de Dios, olvidados de los consejos y vida del Redentor.

Novena. Del mundo no ha de hacer más estima que el mismo mundo la hizo de Jesucristo, y así no ha de hacer más caso de él que de un loco. Por lo cual no ha de dejar de hacer cosa del servicio de Dios por respetos humanos, que son muy necios. Lo primero con que ha de dar en tierra el que desea servir a Dios, es con el empacho y vergüenza de los hombres; esto es, con el mundo entero y su sabiduría tonta y necia, sus dichos engañosos y su repetido *¿qué dirán?*; porque es grande el daño que se causa con esta vergonzosa vergüenza. ¿Qué mayor desagradecimiento a Cristo, que correrse de ser declaradamente su siervo, y confundirse de dar gusto a Dios delante de los hombres? Justamente dijo el Hijo de Dios que Él se confundiría delante de su Padre de quien se confundiese delante de los hombres de ser su discípulo. Lástima grande es que muchas personas que han dejado el mundo, después se corran de aspirar de veras a la perfección por este malaventurado y maldito empacho. La vergüenza verdadera es que sea un hombre más cobarde para proseguir y acabar la obra de la perfección, que fue para emprenderla.

Y si teme ser notado de singularidad, y por eso ser odioso a otros, sepa, dice san Buenaventura, que ningún santo alcanza en el cielo gloria

singular, sino el que, viviendo entre los hombres, puso cuidado de ponerse en santidad singular. Y después, hablando de los imperfectos y relajados, añade: «Como ellos no dejan sus malas y perniciosas costumbres por nosotros, no conviene tampoco que por ellos dejemos nosotros nuestros buenos ejercicios. Porque si ellos quieren ir a la vida eterna, les importa que anden con vosotros el camino de Dios y no el suyo.»

Décima. Otra tentación como esta de la vergüenza es cuando, por dar gusto a algún hombre, no se repara en disgustar a Dios. Contra éstos es terrible lo que David dijo (*Ps.* 52, 6): *Dios deshará hasta los huesos de aquellos que andan a agradar a los hombres; confundidos están, porque Dios los ha despreciado.* Y con razón, porque ¿qué hombre más digno de desprecio que aquel que da disgusto a Jesús, su Redentor, que murió por él, y le ha hecho infinitos beneficios, por no disgustar a un hombrecillo a quien no debe nada, y muchas veces será hijo de Satanás y causa de su perdición?

Once. Este sea todo nuestro cuidado, éste nuestro negocio, lograr la gracia, y como encarga san Pablo (2 *Cor.*, 6, 1), *no recibir en vano la gracia de Dios*; y el mismo Apóstol dice de sí (1 *Cor.*, 15, 10) que *no estuvo la gracia de Dios en él baldía.* En esto hemos de andar grandemente solícitos, de ir a una con Dios, responder a sus inspiraciones, y *correr*, como dice David (*Ps.*, 118, 32), *el camino cuando nos dilata el corazón* con la gracia; y cuando, no, no paremos por lo menos. Es para temblar lo que dice san Pablo en la

Epístola a los Romanos (1, 24), que pasó a los sabios, a los cuales, por no haberse aprovechado del conocimiento de Dios, que Él los comunicó, les dejó caer en tantos y tan enormes pecados, como cuenta allí el Apóstol, que pone grima el pensarlo.

Doce. Puesto que cerrar la puerta a la luz del cielo y los oídos a la voz divina, no admitiendo las inspiraciones santas, no menos desobliga a Dios que no cumplir los propósitos que con ellas se hicieron, descomedimiento grande es no escuchar al Espíritu Santo lo que nos habla para nuestro bien. Y así se ha de tener atentísimo cuidado de gozar las buenas inspiraciones, y lograr los santos sentimientos y desengaños que suele la bondad divina comunicar, deteniéndose y parándose uno, como hacía san Francisco, para entrañárselos en sí y disfrutarlos mejor, abriendo de par en par las puertas del alma y corazón a su Dios.

Trece. Con las mortificaciones extraordinarias y ocasiones en que se quebranta con dolor vivo nuestra voluntad, se ha de tener gran cuenta de lograrlas; porque son las ferias del espíritu donde se suele ganar en un acto más que en otro tiempo en cincuenta. Y no pocas veces depende de una mortificación valiente y heroico acto de virtud el ser uno santo. Puede ir mucho en morir nuestra voluntad, o con pequeñas heridas, o de un gran golpe, que la acabe bien de una vez de deshacer.

Catorce. Importa sobre manera renovarse muchas veces; porque nuestros propósitos se van de

sí mismos descaeciendo, y si no se tiene cuenta, presto dará nuestra virtud consigo en tierra. A la manera que las grandes obras y palacios reales tienen renta diputada para reparar sus quiebras, y con esto dura en pie su majestad y lustre, de la misma manera el edificio espiritual del alma y templo del Espíritu Santo, para que se sustente, ha de haber modo de repararse y renovar lo envejecido de él.

Y así, lo primero, cada día ha de renovarse uno y decir con David (*Ps.* 76, 11): *Ahora empecé*; haciendo cuenta cada día que aquél es el primero de su conversión y último de la vida.

Lo segundo, en las festividades grandes de cada mes, y por lo menos dos veces al año, se han de tomar tres o cuatro días de renovación, en los cuales, ocupado sólo en oración, penitencia y otros ejercicios espirituales, haciendo alguna confesión general, refuerce sus propósitos y procure adelantarse en ellos. Fuera de esto, cada año se debe tomar mayor espacio de tiempo para lo mismo.

Lo tercero, sin aguardar tiempo determinado, en sintiéndose algún menoscabo del espíritu, luego se ha de reparar, o acudiendo a la oración, o añadiendo alguna penitencia extraordinaria. La tibieza es un mal que cunde mucho, y así se ha de atajar presto con fuego y hierro, resolución y energía.

Quince. Adviertase también mucho que no se tome ocasión para aflojar el rigor, por el puesto, oficio o dignidad a que uno subiere, o por razón de la antigüedad. Menos han de preponderar to-

dos estos títulos que el verse uno más cerca de la muerte y más cargado de misericordias y beneficios de Dios; por lo cual debe estrecharse más para consigo, antes que tomarse nuevas licencias, reparando siempre en cosas menudas, y preciándose de la humildad y pobreza de Jesucristo. Esto es cosa de mucha consideración, y que sería gran edificación y de muy copioso fruto para las religiones, y aun para toda la Iglesia, si las personas más señaladas y públicas se mostrasen siempre tan edificativas y observantes, aun en ceremonias y mortificación exterior, como lo fueron a los principios de su fervor. Y no hay duda sino que es falta de mortificación y ferviente caridad lo que muchas veces se palia con pretexto de guardar la autoridad; porque ¿qué mayor autoridad que la semejanza del Hijo de Dios, que la humildad de Jesús, que la simplicidad religiosa y cristiana, que la mortificación de Jesucristo que nos rodee de pies a cabeza?

Dieciséis. Se han de guardar los dos consejos que nos da san Bernardo, como necesarios para la perfección y cumplimiento de la voluntad divina. Si quieres, dice, conseguir esto, dos cosas te son forzosas: la primera, que te retires de todas las cosas transitorias y terrenas, de modo que no cuides nada de ellas, como si no fuesen; la segunda, que de tal manera te des a Dios, que no digas ni hagas sino lo que creyeres firmemente que le ha de agradar. De este segundo consejo ya hemos dicho la importancia de él; el primero es el que ahora encargo, que si no es lo forzoso y para gloria de Dios, se aparte uno de todo lo ex-

terior y visible, retirándose al desierto de su corazón, donde hallará dentro de sí el reino de Dios, teniendo en su pecho más que al mismo cielo, pues tendrá al mismo Dios, que siempre se ha de procurar tener presente.

CAPITULO 30

Importancia de la oración para la perfección y para entender y cumplir la voluntad de Dios

1. Para esto y para todo lo pasado es principalísimo medio la lección espiritual, oración y presencia de Dios. Así como no es posible que dure la vida corporal sin alimentarla cada día, así tampoco puede durar la vida espiritual sin el sustento cotidiano. Y así, por descuido en la oración, han sucedido notables caídas. David (*Ps.* 101, 5) se lamenta de sí, diciendo: *Fui segado como heno, y secóseme mi corazón, porque me olvidé de comer mi pan.* Llama *pan* a la oración, porque es sustento del espíritu y de cada día, y general a todas las acciones virtuosas; porque así como el pan es manjar ordinario y general, que se come con todos los manjares, así también la oración ha de entrar en todos los ejercicios espirituales, en todos los actos de virtud y en todas las obras que hiciéremos.

San Juan Crisóstomo, no contento con la comparación del alimento, tan precisamente necesario para la vida, declaró la importancia de la oración con la semejanza de otra cosa más necesa-

ria, diciendo: Que lo que el alma es para el cuerpo, eso es la oración para el alma. Sin comida se puede pasar, aunque trabajosamente, algún día; mas sin el alma no se puede vivir ni un instante. Por eso nos amonesta el Señor (*Lc.*, 18, 1) a *orar siempre, sin cesar*. Pues si aun cuando hacemos otras cosas y nos distraemos a las ocupaciones, no hemos de perder de vista a Dios, sino acompañarlas con afecto y oración, cuando no hay cosa forzosa que hacer, y puede uno, ¿por qué el siervo de Dios ha de gastar o perder tiempo en otra cosa que no le allega a su Dios?

2. Tres cosas tiene la oración que son origen de mil bienes que consigo trae, por las cuales nos es muy necesaria, más que el pan de la boca. La primera cosa que incluye, es ser *petición* por la cual alcanzamos remedio de nuestra extrema pobreza espiritual e infinitas miserias del alma. La segunda, es ser *consideración* y conocimiento de los misterios de fe y verdades de la otra vida. La tercera, es ser *unión con Dios* y conversación en los cielos.

3. Por la primera, es más necesaria la oración que a un mendigo el pedir limosna, que si no quiere perecer, le es forzoso mendigar su remedio. Mucho mayor es nuestra necesidad espiritual, sino que no la percibe el sentido; que si se sintiera la mendiguez espiritual como la pobreza temporal, clamáramos al cielo con lágrimas y gemidos, y no cesáramos de orar continuamente. Por cierto, que no es mucho lo que nos pide el Hijo de Dios, que *oremos siempre sin intermisión*. ¿Pues qué desacierto es que se pase un día sin

oración? Porque se tuviera por desesperación o locura grande, si un miserable que no tuviera otro remedio, no quisiera pedir limosna; del que se descuida en orar se puede decir con más razón que, o está desatinado, o quiere desesperarse y ser homicida de sí mismo. Allégase a esto que del remedio de las necesidades espirituales estamos ciertos, que sirve la oración continua para alcanzar lo que se pide, como nos consta de la palabra y promesa del Hijo de Dios.

4. Por lo segundo que es necesaria la oración, es por el conocimiento que en ella se alcanza de las verdades de la otra vida; porque, ¿cómo puede uno temer de veras los daños de la condenación eterna, en que puede caer, o desear en el alma los bienes de la gloria, a que puede subir, si no sabe lo que son? La oración es la luz que los descubre y la ventana por donde se divisan las cosas del otro siglo. Si a uno le dijesen que en cierto lugar había dos ventanas, por la una de las cuales se veían los bienaventurados en el cielo como estaban, la Majestad de Cristo nuestro Redentor, la grandeza e infinidad de Dios, y que por la otra se divisaba claramente todo lo que pasa en el infierno, las llamas y tinieblas horrendas de aquel fuego terrible, los miserables condenados atormentados de los demonios, la variedad de penas de aquel lugar de eterna miseria, ¿hubiera hombre en el mundo que dejara de asomarse por alguna de ellas, a ver lo que pasaba de la otra parte? Creo que, aunque estuvieran en los fines de la tierra, no dejaran de correr allá todos, siquiera por curiosidad. Pues la oración es la ven-

tana por donde se ve el cielo e infierno, los bienaventurados y los condenados, los ángeles y los demonios, la felicidad y la miseria eterna; por ella se descubre Dios, por ella se divisa la eternidad. ¿Qué torpeza es ésta, que no queramos entender cosas tan grandes, y más cuando nos importa tan grandemente entenderlas? Si a un preso encerrado en un castillo le dijesen que le esperaba una de dos suertes bien diferentes, o de gran dicha o de tormento, y que por una ventana del castillo podría ver el aparato de ellas, que se asomase si quisiese, no hubiera hombre que fuera menester avisárselo segunda vez, si no que luego fuera a ver aquellos dos extremos, para evitar el uno y negociar el otro. ¡Y que nosotros tengamos desidia para no entender bien estas dos suertes tan encontradas que nos aguardan, para prevenirnos contra la una y procurar la otra!

5. Por lo tercero que tiene la oración, que por ella se llega y une el alma con Dios, no es menor su necesidad. ¡Desdichados de nosotros cuando quedamos apartados de nuestro buen Dios! ¿Qué defensa, qué remedio, qué consuelo podemos tener? ¿Qué puede hacer un corderillo apartado de su madre, sin leche ni sustento, sino perecer? Nuestros miembros mismos, apartados del resto del cuerpo, ¿qué vida pueden conservar? Pues así como es necesaria al corderillo su madre, así nos es necesaria la oración, y por ella llegarnos a Dios, para no perdernos ni perecer, sino vivir una vida abundante y dichosa.

Además de esto, en el trato con Dios se habilita el alma y dispone mucho para las obras de

virtud y alejamiento de cosas exteriores, no sintiendo tanta dificultad en los ejercicios santos y consejos evangélicos. El gusto que en la oración y por ella comunica el Señor, hace que se desprecien los de la tierra, y facilita la mortificación, tan necesaria a los siervos de Cristo.

6. De suerte que por tantas maneras se dobla y multiplica la necesidad de la oración, que ella es la causa de todo bien. ¿Sería creíble que si en una cosa tuviera un hombre hacienda, honra, salud, fuerzas y cuanto desee, se olvidase de ella? Pues ¿qué error es éste, que teniendo en la oración, único refugio de nuestras miserias espirituales, amparo de las necesidades del alma, remedio de todo mal y, finalmente, teniendo en ella todos los bienes, y al que es todo bien, que nos descuidemos tanto de su uso, y más siguiéndose tan notables daños de su olvido? No hay tibieza considerable ni caída que no sea por falta de oración. Con ella y por ella nos sustentaremos, nos aprovecharemos y creceremos más cada día. Por lo cual pido a los deseosos de hacer la voluntad divina, por el amor de Jesús, y por su mismo bien, que pongan principal cuidado en este punto, porque tanto más siervos de Dios vendrán a ser cuanto fueren más hombres de oración.

7. Estimemos este bien que tenemos; agradezcamos este favor y gran bondad de Dios, que espera que le hablemos, y lo que más es, que nos lo ruega. Confiemos mucho que nos oirá quien pide que con Él conversemos, y que concederá lo que le pedimos, pues nos ruega que le roguemos. ¿Hay ventura como la nuestra, que está a

nuestro mandar la puerta abierta para tratar con el sumo Monarca del mundo? ¿Qué diligencias no cuesta, qué tiempo no se pierde, qué días no se espera, qué intercesiones no se suelen interponer para haber de hablar despacio a un rey de un rincón de la tierra? ¡Y que el Rey del cielo nos ruegue que le hablemos, y apenas hay quien quiera, y más siendo para nuestro bien! Los hombres del mundo, sólo porque un negocio que les importa se trate en un tribunal, pierden su sosiego, andando muchos días y años solícitos por aquella coyuntura; ¡y nosotros, rogándonos con audiencia para tratar del negocio de nuestra salvación, negocio de eternidades, no queremos acudir! ¿Puede ser mayor descuido o locura? Vuelvo, pues, a rogar a los deseos de servir a Dios y apremiarles, por lo que deben a su Redentor, por la gloria de Dios, por la edificación de la Iglesia, por el gozo de los ángeles, por el consuelo de los justos y por su propio bien, que si quieren cumplir la voluntad divina no se descuiden de tener mucha oración. En ella conocerán lo que Dios quiere de ellos, y con el esfuerzo de ella lo ejecutarán, para después, en el cielo, por eternidad de eternidades, continuar lo que en esta vida empezaron. Dios nos lo conceda. Amén.

Introducción 3
CAPÍTULO 1. Cuál sea el camino más breve de la vida espiritual 9
CAPÍTULO 2. Derecho y justicia que Dios tiene para que no hagan los hombres su propia voluntad, sino la divina . . . 13
CAPÍTULO 3. No hay cosa de mayor alteza y honra que rendir nuestra voluntad a la divina 24
CAPÍTULO 4. No hay en el mundo cosa de mayor «deleite» que mortificar totalmente su voluntad por hacer lo de Dios . 27
CAPÍTULO 5. Ninguna cosa nos puede ser pobrechosa, sino lo que Dios quiere . 34
CAPÍTULO 6. El hacerla voluntad de Dios es el sumo bien de la vida y un cielo anticipado 42
CAPÍTULO 7. Que hacer la divina voluntad es cosa forzosa 45
CAPÍTULO 8. Cuánto estima Cristo al que hace la voluntad de Dios 48
CAPÍTULO 9. Pruébase con ejemplos lo importante que es hacer la voluntad de Dios 53
CAPÍTULO 10. Notables ejemplos y sentencias de los gentiles, que enseñaron cómo debemos conformarnos con la voluntad de Dios 63

CAPÍTULO 11. Práctica de este ejercicio de cumplir la voluntad divina 67
CAPÍTULO 12. Que el seguir la voluntad de Dios ha de ser en todo 73
CAPÍTULO 13. Práctica de conformarse en todo con la voluntad divina 78
CAPÍTULO 14. El motivo principal que hemos de tener para cumplir la voluntad divina ha de ser por amor de Dios . . 87
CAPÍTULO 15. Cuánto importa no hacer su voluntad para venir a hacer lo de Dios, y cuántos provechos tiene la mortificación 93
CAPÍTULO 16. Los grados de mortificación necesarios para cumplir en todo la voluntad de Dios 106
CAPÍTULO 17. Cuánto importa mortificar los propios deseos 116
CAPÍTULO 18. De la pureza de intención que se requiere para hacer la voluntad de Dios 123
CAPÍTULO 19. Los grados de la pura intención necesarios para cumplir en todo la voluntad de Dios 130
CAPÍTULO 20. Cómo se conocerá la voluntad divina para cumplirla en todo, enderezando sin engaño nuestras obras a Dios 133
CAPÍTULO 21. Que se han de hacer todas las obras como Dios quiere, con gran perfección 139
CAPÍTULO 22. Cómo se debe uno conformar con lo que Dios hiciere 144
CAPÍTULO 23. En qué cosas nos hemos de conformar con la voluntad de Dios . . 152

CAPÍTULO 24. Los grados que hay de conformidad con la voluntad de Dios . . 167
CAPÍTULO 25. Cuánto importa la obediencia para la mortificación, pureza de intención y conformidad con la voluntad de Dios 174
CAPÍTULO 26. De la uniformidad con la voluntad de Dios 179
CAPÍTULO 27. De la deformidad y vida divina que participan algunas almas santas 182
CAPÍTULO 28. De los encendidos deseos con que se ha de buscar la perfeccción y cumplimiento de la voluntad divina, y los motivos que los despertarán . . . 183
CAPÍTULO 29. Cómo se han de quitar los impedimentos de la perfección y del cumplimiento del beneplácito divino, con algunas advertencias necesarias para esto 190
CAPÍTULO 30. Importancia de la oración para la perfección y para entender y cumplir la voluntad de Dios 200